

LA CRUZ DE CRISTO

CORREN los siglos, sucédense las generaciones, cambia y se revuelve la forma y manera de ser de las naciones y de los pueblos, y á través de este perpetuo vaivén de las cosas humanas, hay un punto que permanece inmóvil y que, contrasta la acción destructora de los siglos, y se florea con su augusta majestad los pueblos, naciones y acontecimientos de la tierra. Este punto es la cruz que se levanta en el Calvario y de la cual pende exámine, sangriento y despedazado, el sagrado cuerpo de Cristo.

Esta cruz bendita, es el centro moral de la humanidad. A ella convergen y dirigen las miradas todas las generaciones. En ella encuentran su cumplimiento los deseos, las aspiraciones y las esperanzas de todos los pueblos. En ella se realizan los destinos del mundo. Todo lo que en el correr de los siglos cae al lado de allá de esta cruz está absorbido por irremediable lóbreguez, solamente atenuada por los débiles destellos que esperecen en algunos puntos las esperanzas de las grandiosas realidades que se cumplirán en aquel misterioso objeto; todo lo que cae del lado de acá de esta cruz, á pesar de las miserias y desfallecimientos propios de la humanidad, está iluminado con una luz sobrenatural y penetrado de un calor de vida que alienta, y levanta y ennoblece por modo extraordinario la vida de la humana sociedad. Esta enseña soberana, en fin, es el punto más alto, la cumbre más elevada de los misterios divinos, trasunto de las relaciones de Dios con los hombres, símbolo de las misericordias inefables que la Majestad de Dios se ha dignado obrar sobre la faz de la tierra.

Mucho antes de que se realizara en esta cruz el misterio en ella encerrado, cuando la persona de Cristo era enigma insoluble para cuantos le rodeaban, cuando en torno suyo se agitaban y embravecían las pasiones más enconadas y toda la nación de Israel discutía y andaba dudosa y perpleja acerca de la importancia y significación de su persona, declaró Jesús, clara y expresamente, que cuando llegase la hora de cumplirse en él los divinos designios, y cuando terminada su predicación, como postrero acto de sumisión en la tierra, fuese llevado á los tribunales y sentenciado á muerte y levantado y clavado en el patíbulo de la cruz, desde aquel patíbulo ignominioso, atraería hacia sí todas las cosas, y todas las levantaría y transformaría, y les daría nuevo ser y nobleza, y dignidad y vida incomparable. En el estado en que se hallaban los ánimos, y en las circunstancias en que Jesús pronunció esta profecía, nada pudo parecer más extraño y absurdo; pero ninguna de las palabras del Redentor del mundo, ha sido cumplida más á la letra y en toda su plenitud; ninguna ha aparecido á los ojos de los hombres más hermosamente realizada.

¡Extraña en verdad pudo parecer, como asiento y cátedra de sabiduría, la ignominia de la cruz y la abyección de un patíbulo! Y sin embargo, al pie de este patíbulo han venido los sabios más ilustres de la tierra, á estudiar una ciencia que en vano habían buscado en los libros de los filósofos y en las escuelas de los maestros del siglo.

La luz que se ha desprendido de esta cátedra, ha dado á conocer á los hombres los más inefables misterios.

Allí ha sido revelada á la inteligencia humana la naturaleza de la majestad divina, esencia pura y sencilla que ama y que amando sale de sí y se humilla y entrega y sacrifica por sus criaturas. Allí ha sido apreciada y estimada y honrada la dignidad del hombre que el mundo antiguo no supo sino humillar, despreciar y aun odiar, y que á pesar de sus miserias y ruindades, es objeto regalado del amor y de la misericordia divina. Allí han sido revelados los designios de Dios sobre el linaje de los hombres, la comunidad y hermandad de todos los hombres entre sí, la paternidad divina sobre todas las criaturas racionales. Allí, en fin, han tenido solución todos los problemas morales que agitan á la humana inteligencia. El misterio de Cristo ha aclarado todos los enigmas y resuelto todas las dificultades. Las tinieblas del Calvario han alumbrado más que la luz fantástica de la ciencia y vana palabrería de los hombres. Y tan viva ha sido esta luz y tal claridad ha derramado en el entendimiento, que los ingenios más encumbrados, después de agotar sus fuerzas escudriñando los arcanos de la ciencia, han acabado por confesar con San Pablo que no hay más cátedra que la del Calvario, ni más ciencia que la de la cruz, ni más filosofía

que las que se aprenden en las santas doctrinas de Jesucristo crucificado.

¡Triste lugar de alivio y consuelo el asiento de un patíbulo! Y sin embargo, á éste patíbulo han acudido los tristes de la tierra, los desamparados del mundo, las víctimas del dolor y de la desgracia, para hallar una paz y un consuelo que en vano habían buscado en otras partes. Allí, al pie de esta cruz divina de donde pende el varón de dolores, y donde entre tormentos atrocísimos exhala su vida el Dios-Hombre, hecho víctima y propiciación por los pecados del mundo, donde le asiste su Madre aflijidísima, tomando parte en la pasión y en el holocausto de su divino Hijo, han aprendido infinitas almas el misterio del dolor, el mérito de la paciencia, las gracias divinas vinculadas en el sufrimiento. Allí, á la influencia de esta soberana enseñanza, se han secado fuentes de lágrimas que parecían inagotables. Allí han recobrado amor á la vida, corazones que deseaban morir. Allí los ojos velados por las nubes de la aflicción y de la desgracia, han descubierto la faz de Dios, presente de una manera especial en los dolores y tribulaciones, aprendiendo á estimar los tesoros encerrados por la mano divina en la tribulación, y conociendo por dicha experiencia que lo que parece destinado á abatir la naturaleza humana es fuente de alientos soberanos, objeto especial del amor de Dios para con el hombre, regalo de su misericordia, corona con que la mano divina se complace en adornar la frente de los justos.

¡Raro principio de fuerza y poderío el madero de un suplicio! Y sin embargo, de este suplicio maldecido ha brotado la energía más grande y el estímulo más eficaz que ha obrado en el ser moral de la humanidad, y que penetrando en su cuerpo la ha maravillosamente avigorado y ennoblecido, abriendo á su actividad nuevos derroteros y magníficos, grandiosos horizontes. A la sombra de esta cruz, ha nacido la verdadera civilización y cultura del linaje humano. De allí, ha procedido la genuina libertad, el respeto al derecho, la conciencia de la humana dignidad, el sentimiento del lazo divino que, uniendo á todos los hombres entre sí, los enlaza, y forma de ellos una sociedad universal. Por la eficacia de esta cruz ha sido renovada la faz de la tierra. La grandeza y superioridad de los pueblos cristianos sobre los demás pueblos de la tierra, la mansedumbre de su legislación, todo cuanto hay en ellos grande y sublime, ha procedido originalmente de este santo madero. En él está el secreto del poder, de la fuerza, de la gloria de la humanidad verdaderamente civilizada. De él brota perennemente una corriente de amor que purifica las almas, que enciende los corazones, que levanta, transforma y santifica los espíritus. El bendito madero del Calvario, enhiesto en medio de las generaciones, es la prenda de la reconciliación de Dios con el hombre, el esfuerzo del débil, el remordimiento del malo, el refugio del penitente, el consuelo del justo, la esperanza del moribundo, la inspiración de la caridad que campea admirablemente gloriosa y fecunda, la nube misteriosa que anuncia la presencia de Dios en la tierra, el estandarte de la misericordia divina que, desplegado á todos los vientos, guía y conduce y esfuerza á los hombres en el duro batallar de la vida. La cruz de Cristo, en fin, es como el sol, la luz, el aliento y la vida del mundo.

Esta virtud y eficacia de la cruz de Cristo fué ayer, es hoy y será para siempre; y mientras exista la humanidad, y viva y obre y se desenvuelva en la tierra, no habrá para ella otro fundamento sino el que está puesto ya, que es la sagrada persona de Cristo, la verdad infalible de su doctrina, y la virtud incontestable de sus merecimientos, cifrados en la enseña salvadora de la cruz gloriosa y bendita.

Así ha querido Dios que se realicen los destinos de la humanidad. Y cuando próximo el fin y acabamiento del mundo, esta misma humanidad haya de presentarse ante el Juez soberano de los vivos y de los muertos, antes de darse la solemne y fatal sentencia, aparecerá en mitad de los cielos esta enseña triunfadora, símbolo del amor, de la misericordia de Dios, y en la cual verán los buenos el principio y la esperanza de su glorificación, y los malos la justificación de la sentencia de su condenación inexorable.

MIGUEL MIR

(De la Real Academia Española.)



LA BUENA SEMILLA

CRISTO expira clavado en cruz. El dolor y la pena rebosan de los corazones. La iniquidad ha triunfado una vez más sobre la tierra. Todas las malas pasiones, un momento abatidas por la voz de verdad y esperanza que fluye de los divinos labios, recobran el imperio que siempre han tenido sobre los hombres. El mal arraiga de nuevo, y muy pronto ofrecerá á los mortales sus envenenados frutos. Los poderosos inicuos levantan otra vez las orgullosas cabezas, que una fuerza incontestable dolara.

Cristo ha muerto clavado en cruz. Pero quedan su ejemplo y su doctrina. La buena semilla ha caído sobre la tierra, y en su seno, nunca agotado, germina.

El viento del desierto que sopla sobre las ruinas de Jerusalén, la esparce por todo el mundo conocido. Las azules olas del Mediterráneo la transportan sin esterilizarla, porque esa semilla tiene virtud divina. Dónde quiera que toca, arraiga. La tierra más ingrata, se convierte en fecunda, á su contacto. Los que advierten su poder omnipotente, pasmados y mudos, confirman el milagro. Cristo ha muerto en la cruz; pero su palabra queda entre los hombres. La Redención ha empezado.

- « Amaos los unos á los otros.
- « Todos sois hermanos, y mutuamente os debéis amor y auxilio.
- « Los humildes serán ensalzados, y humillados los soberbios.
- « No mataréis; no robaréis; no mentiréis; porque la sangre derramada mancha con indeleble marca al homicida; porque los bienes ajenos no aprovechan; porque la mentira seca el corazón. »

Doce hombres justos, repitieron por todos los ámbitos del mundo la santa palabra. Y todos los buenos y todos los humildes, se regocijaron. Y por vez primera entre los hombres, ensangrentados por siglos enteros de matanza y opresión, reinó la religión de amor, que palpita ya en los corazones de los mejores; pero sin forma y sin cuerpo.

II

Cristo ha muerto clavado en cruz. Su palabra vive entre los hombres. Y, sin embargo, el amor universal que predicara no ha dado los frutos que debiera. Los hombres continúan divididos en castas. El hermano no socorre al hermano; el hijo se aparta de sus padres; el marido no da por la mujer su existencia. En una misma ciudad, en una misma casa, se albergan la opulencia que derrocha en lo superfluo, y la miseria que mata á los que carecen de lo necesario. Unos salen en coche, en tanto que otros, por falta de zapatos se clavan en los pies espinas y cristales, desgarrando la carne que sangra con dolor. A un mismo tiempo, muere de indigestión el goloso opulento y de hambre el misérrimo. Se eleva templos al arte, y hay quien carece de hogar. Quedan yermos los campos, por falta de brazos, y millares y millares de hombres se adiestran en manejar las armas homicidas.

III

Torrentes de luz se escapan por los amplios cristales del restaurant. Es ya de noche y llueve. Desde la calle oscura y fría, un hombre contempla la brillante sala.

Mesas cubiertas de blancos adamsacados manteles, dorados panecillos,



vajilla reluciente, copas y vasos de distintas formas y tamaños, botellas que guardan vinos de diferentes colores, fuentes plateadas en que humean carnes y pescados, flores que perfuman el aire, tazas llenas de obscuro líquido que desengrasa la boca, cigarros que embotan el pensamiento con su narcótico aroma, criados impasibles, silenciosos y diligentes, y caras congestionadas por el aflujo de sangre que los manjares ingeridos han hecho subir al corazón y que éste envía al cerebro y al rostro.

El hombre, después de mirar á través de los cristales, se aleja. Un clavo desgarró la carne de su pie. Un clavo, también desgarró los pies del Hombre-Dios.

IV

Cristo ha muerto clavado en cruz; pero su palabra ha quedado entre los hombres. ¡La buena semilla no puede morir, no puede ser infecunda! ¡Cómo la sienten crecer en sus corazones el que trabaja sin descanso, el que sufre injusta persecución, el que padece la mordedura del hambre, el que sufre ignorancia! ¡Qué seguramente se abre paso á pesar de todos los obstáculos! ¡Cómo llena de esperanza todas las almas en que arraiga!

Siglos y siglos han sido menester para que la materia cósmica se condensara en soles y planetas; continuas é incontables las batallas que las especies han sostenido, para afirmar su derecho á la vida contra otras



TRASCORO DE LA CATEDRAL DE BARCELONA

especies. Surge en una noche la barraca que el huracán derriba; tarda años en levantarse el monumento que desafía las edades. Nacen cada año millones de hombres; sólo cada siglo aparece, entre todos ellos, uno de esos genios que pasan á la posteridad. Entre sangre y dolores, vienen al mundo los hombres; á fuerza de sangre y de dolor, imperan las ideas. Mucho cuesta lo que mucho dura, y tarda en implantarse todo lo que debe prevalecer.

Por eso, la obra de la Redención es lenta.

No creáis, sin embargo, que la semilla ha perdido su potencia germinal. Vibra y se agita en las regiones oscuras del pensamiento; arraiga cada vez con más fuerza; se esponja poco á poco. Y su trabajo invisible es tan poderoso y ha de ser tan fecundo, que la cosecha superará á todas las esperanzas.

« Soy la Resurrección y la Vida. El que cree en Mí, vivirá aunque haya muerto. Y el que vive en Mí, está seguro de vivir eternamente. »

V

La Envidia y el Odio, hablan con un hombre andrajoso y demacrado por las privaciones.

— ¿No sientes odio hacia ese potentado cuyo coche al pasar escupe sobre tu cara el barro del camino?

— Si tuvieras un arma, ¿no atentarías contra la vida de ese avaro oportuno que acaba de negarte un mendrugo de pan?

El hombre contesta con firmeza:

— Hace tiempo que no hago caso de vuestras sugerencias. No siento envidia ni rencor, contra ninguno de esos dos hombres. A su pesar son de mi misma carne y están sujetos á los mismos dolores que yo sufro. La luz que ha penetrado ya en mi alma, inundará un día la suya, y entonces, nos pedirán humildemente perdón á mis hermanos de miseria y á mí, por sus faltas y por sus crímenes. Cristo no ha muerto en la cruz en que dejó que le clavarán, para redimir á los hombres. Su espíritu vive en cuantos sufrimos, y cada hombre que muere á mano airada, cada lágrima que se derrama, cada herida que sangra, contribuyen á la Redención y afirman la solidaridad humana. El que padece hambre, recuerda la palabra santa, y seguro de que no puede haber mentido, se conforta. El que sufre injusta persecución, trae á la memoria los divinos preceptos, y su pena se aminora. Borrada momentáneamente de las costumbres, vive la sagrada doctrina en todos los corazones ulcerados, y aquellos que la juzgan ó preterida ó muerta, despertarán de su error, cuando en hora inesperada la Religión de amor se expanda en floración admirable y en frutos de salud para la humanidad entera.

No; no ha muerto la palabra divina, entre los hombres. Durante los días de la Semana Santa, cuando después del invierno las fuerzas germinadoras de la tierra entonan universal *ressurrexit*, esa palabra vibra con mayor fuerza, llevando á todos los corazones auras de paz y de esperanza. Después de morir en la cruz, Jesucristo resucitó entre los hombres.

A. RIERA

LA RESURRECCIÓN ANTE LA CIENCIA

Los incrédulos modernos, si bien no se aventuran como los antiguos á negar la virtud y santidad de Jesús, y por tanto, á reducir sus milagros á simples acontecimientos naturales, han excogitado un medio ingenioso de explicar la resurrección, conforme á sus principios fisiológicos.

Paulus, Dam y otros, dicen que, según el testimonio de Josefo, algunas personas crucificadas vivían en la cruz tres y aun nueve días, como los dos ladrones, que á la noche no habían muerto, por lo que fueron quebrantados sus huesos; y, tomando de ello base, Pilatos resistíase á creer que Jesús expiara á los pocos momentos, hasta que el Centurión se lo aseguró. Pero, añaden, no hay cosa más probable que la fatiga, la angustia mental y la pérdida de sangre, produjeran el decaimiento, el síncope ó el desmayo; y en tal estado fué entregado el cuerpo del Divino Maestro á los fieles amigos, quienes le dejaron descansar tranquilamente en una bóveda sepulcral muy retirada, donde al poco volvió en sí Jesús de su desmayo, y se fué á buscar á sus discípulos. Según estos señores incrédulos, la lanzada que recibió el Señor en el pecho, no fué más que un rasguño ó una herida muy somera.

Probaré por partes la muerte y resurrección triunfante del Señor.

La muerte de Jesús, consta primeramente por las Sagradas Escrituras, en las que se refiere que al exhalar Cristo el postrer suspiro el sol se obscureció, la luna se eclipsó, el cielo se cubrió de luto, la Naturaleza, presa de terrible dolor, arrojó de su seno piedras y cadáveres, el rayo serpenteó y destrozó los árboles, los truenos retumbaron en las concavidades de la tierra, el velo del templo se rasgó; y por el aparato con que se verificó el drama del Gólgota, pensando unos que era llegado el fin del mundo, mientras que otros, reconociendo al hijo del Carpintero como á verdadero Dios, huyeron espantados á llorar su crimen y á clamar ¡misericordia! al Eterno Padre. Nos pintan el dolor de una pobre Madre que, vestida de luto, llora lágrimas de sangre á los pies de su Hijo Crucificado.

Consta igualmente, por el testimonio de antiguos Santos Padres y escritores eclesiásticos, testimonio digno de crédito que Jesús murió en tiempo de los cónsules Rubellio Gemino y Jusio Gemino (año 782 de Roma), según claramente lo afirman Tertuliano, Lactancio, Julio Africano y otros. ¿Pero á qué citar testimonios de Evangelistas y Santos Padres y escritores eclesiásticos, que algún incrédulo rechazará acaso, por sospechosos de veracidad, cuando existen dictámenes y opiniones de eminentes médicos, en los cuales los teólogos apoyan su prueba?

Gruner, Bartholino, Triller y Eschenbach, suponen que el agua que salió del costado de Jesús era la linfa del pericardio; Vogler, que era el suero separado de la sangre; Richter, observa que el flujo abundante de sangre y agua, debe considerarse como sobrenatural y simbólico; Gruner, hijo, dice que la lanzada inferida por el brazo robusto de un soldado romano, con una lanza corta porque la cruz no era muy alta, debió

ocasionar, en cualquier hipótesis, una herida mortal; Gruner, padre, afirma que, aun suponiendo que la muerte de Jesús hubiera sido aparente al principio, el golpe de una herida, aunque fuera leve habría sido fatal, porque en el síncope ó desmayo, se considera que toda sangría debe dar este resultado, y que lejos de ser adecuados al estado de una persona desmayada las drogas y aromas para el embalsamamiento, en el recinto cerrado del sepulcro, sería el medio más seguro de hacer real la muerte aparente, porque produciría la asfixia. Moles, médico hipocrático y galénico del siglo XVII, dice, que habiendo sufrido Cristo violentos dolores, tanto físicos como morales, sus fuerzas estaban debilitadas y como abatidas, y por lo tanto, se hallaba en condición de sufrir por poco tiempo la situación de la Crucifixión; el célebre cirujano Cooper, después de un detalladísimo estudio anatómico de las heridas, confirma la profecía de que no se le rompió ningún hueso, costumbre usada entre los romanos, como lo hicieron con los dos ladrones, cuando los crucificados no habían muerto, máxime si el día de la ejecución era viernes, porque los sábados les estaba prohibido toda clase de trabajos. Edipián, de Edimburgo, atribuye la muerte de Jesús á la rotura del corazón; y el ilustre antropólogo artista contemporáneo don José Parada y Santín, dice, que como en Cris-

to existía una potencia, una voluntad superior á todos los hombres, y una gran fuerza intelectual para acallar sus dolores, el esfuerzo psíquico que hizo en el Calvario provocó el aniquilamiento que acabó con su vida.

Refutada la afirmación de que Jesús no murió, fácilmente me será probar que Jesús resucitó triunfante y glorioso.

En diferentes lugares de la Escritura, se habla de la timidez de los Apóstoles que llegó hasta negar, por tres veces, uno de ellos, San Pedro, á su Maestro; viéndose el Señor abandonado de todos ellos, así en su prisión como durante su Pasión, por temor á ser víctimas de las persecuciones de los judíos. Sólo Juan, el más joven de los discípulos, se atreve á presentarse en el Calvario y permanecer junto á la Cruz. Cuando Cristo, después de su resurrección, se les apareció, lo tuvieron por un fantasma, y se sobrecogieron de temor; y en buena lógica, se ha de deducir que si de la presencia de Jesús se atemorizaron ¿cómo habían de ser capaces estos hombres, tímidos é indefensos, de atropellar un bien armado cuerpo de guardia? Y aun admitido todo esto: ¿con qué fin iban á hacerlo? Convidados de la muerte de Jesús, debían mirarle ó como un impostor ó como un espíritu débil, que se había engañado á sí mismo con sus locas esperanzas; y lógico es convenir en que, por apoderarse de un cadáver, no



¡MAGDALENA! — DIBUJO Á LA PLUMA, ORIGINAL DE JOSÉ PASSOS.

Premiado en la última Exposición de Bellas Artes celebrada en esta ciudad.

iban á exponerse á las iras de los judíos. Aparte de que de hecho no se apoderaron, véase el testimonio de los guardias; véase igualmente que cuando prendieron á los Apóstoles y los azotaron, no fué por haber robado el cuerpo del Maestro, ni por haber publicado falsamente su resurrección, sino por controvenir á las órdenes, que les prohibía dar noticia de tan maravilloso acontecimiento.

Mas, dejando á un lado los argumentos y pruebas que nos suministran las Escrituras y los mismos judíos, tenemos la Arqueología, que con su lenguaje mudo nos suministra testimonios irrecusables, desde los primeros siglos del cristianismo, de la triunfante resurrección del Señor.

Entre otros, merecen citarse: un fragmento de sarcófago del Vaticano, en el que aparecen dos soldados, de pie, apoyados en sus escudos, y sobre ellos se eleva el monograma rectilíneo, que otras veces es una corona con la misma inicial ó distintivo, como se ve en un sepulcro de San Piatto. El de San Celso, en Milán, de ofrece una representación más completa de la resurrección: las dos Marías están de pie, delante de la tumba, cuya puerta tiene la forma de una torre; una de estas piadosas mujeres, con la cabeza baja, contempla y señala con la mano el sudario del Señor, que se

halla colocado sobre el umbral, circunstancia que en el texto sagrado, se atribuye á San Juan y San Pedro; la otra, levanta los ojos al cielo y ve al ángel que baja para anunciar la resurrección; detrás del monumento está Tomás, posternado delante del Divino Maestro, tocando con el dedo la herida del costado. En uno de los relicarios que San Gregorio el Grande mandó á la reina Teodelinda, para sus hijos. En los mármoles de las Galias, como en San Piatto, Manosque y Laissans; y muy principalmente, por hallarse, desposeído de su forma mística y figurada, la resurrección de un modo directo, en el bajo relieve de un sarcófago de la cripta de San Maximino, y en el de una urna de Milán, según Bugati.

Luego, la muerte y Resurrección del Señor, si se ha de convenir en buena lógica, queda probada por las Escrituras, por los Santos Padres, por la razón teológica, apoyada en la ciencia médica, por el testimonio de los guardias y silencio del pueblo judío, por los testigos presenciales y por la Arqueología. Luego, justo es exclamar: *Ressurrexit sicut dixit*.

PEDRO GASCON DE GOTOR

C. de la R. Academia de la Historia

JULIO BORRELL



JESÚS ORANDO EN EL HUERTO